

*Noche del sábado 20 al domingo 21 abril 1895.*

Noche de fiebre. He soñado contigo, mi querida Lucía, con mis queridos niños, como todas las noches, por lo demás.

¡Cuánto debes sufrir, querida mía! Afortunadamente, nuestros pobres niños son aún inconscientes; de otro modo, ¡qué aprendizaje de la vida! En cuanto á mí, cualquiera que sea mi martirio, mi deber es ir hasta el cabo de mis fuerzas sin desfallecer. Iré.

Acabo de escribirle al comandante du Paty para recordarle las dos promesas que me hizo: 1.º, en nombre del ministro hacer continuar las investigaciones; 2.º, en su nombre, avisarme en cuanto el plazo terminase en el ministerio.

El miserable que ha cometido ese crimen está en una pendiente fatal y no podrá detenerse ya.

*Domingo, 21 abril 1895*

El comandante superior de las islas ha tenido la bondad de enviarme esta mañana con la ración dos botes de leche condensada. Cada bote puede producir unos tres litros de leche. Bebiendo litro y medio por día, tendré lo bastante para cuatro días.

Suprimo el cocido que no llegaba á hacer comestible. He cortado esta mañana la carne en dos pedazos: asaré las dos por la mañana y tarde.

Y siempre en los intervalos que me deja la necesidad de ocuparme de mi vida, pienso en mi queri-

da esposa, en todos los míos; en todo lo que deben sufrir. ¡Pobre, pobre querida mía!

¿Llegará pronto el día de la justicia?

Los días son largos, los minutos horas. Soy incapaz de emprender ningún trabajo físico serio; por otra parte, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, el calor es tal que se hace imposible el salir. No puedo trabajar en el inglés todo este tiempo, mi cerebro lo rehusa. Y nada para leer. ¡En fin, el eterno frente á frente con mis pensamientos!

Estaba en el momento de encender el fuego para hacer té. La canoa llega de la isla Real: es preciso entrar en la caseta, es la consigna. ¿Temen, pues, que comunique con los forzados?

*Lunes, 22 abril 1895.*

Me he levantado al amanecer para lavar mi ropa blanca y hacer secar en seguida al sol mi ropa de paño. Todo se enmohece aquí por esta continua mezcla de humedad y de calor. No hay otra cosa que cortas lluvias torrenciales seguidas de un calor tórrido.

Le pedí ayer al comandante de las islas uno ó dos platos de cualquier materia que fuesen; hame respondido que no tiene ninguno. Me veo obligado á ingeniar para comer, sea sobre papel, sea con unas antiguas planchas de cinc recogidas en la isla. Las porquerías que cómo aquí no se pueden imaginar. Y resisto siempre y contra todo por mis hijos, por mi mujer. ¡Y siempre solo, viviendo replegado sobre mi mismo con mis pensamientos!

¡Qué suplicio para un inocente, un suplicio mayor que el sufrido por los mártires cristianos!

Todavía sin noticias de los míos á pesar de mis instancias reiteradas; hace dos meses que no recibo una carta.

Acabo de recibir legumbres secas en latas viejas de conservas. Sirviéndome de estas latas y probando á limpiarlas para utilizarlas como platos, me he cortado los dedos.

También acaban de comunicarme que he de lavarme yo la ropa, y nada tengo para poderlo hacer. Me pongo á la faena durante dos horas, pero el resultado es bastante mediano. La ropa debería estar siempre metida en el agua.

Estoy extenuado. ¿Podré dormir? Lo dudo. Hay en mí tal mezcla de debilidad física y de extremo nervosismo, que, desde el momento en que me meto en la cama, me dominan los nervios y mi pensamiento se vuelve ansioso hacia los míos.

*Martes, 23 abril 1895.*

Siempre la lucha por la vida. Jamás he padecido tanto como esta mañana, partiendo leña.

He simplificado aún más mis comidas. Esta mañana he hecho una especie de amasijo con la carne de vaca y judías blancas, comiéndome la mitad como almuerzo y dejando la otra mitad para la tarde. Así no tendré que cocinar sino una vez por día.

Pero estos alimentos, cocidos en utensilios de cinc oxidado, me producen violentos dolores de estómago.

*Miércoles, 24 abril 1895.*

Hoy, tocino salado. Lo tiro. Me haré un potaje de garbanzos; esta será mi comida del día.

Cólicos fríos casi continuamente.

*Jueves, 25 abril 1895.*

Me entregan las cajas de cerillas una á una, no sé por qué, puesto que son cerillas amorfas y he de presentar siempre la caja vacía. Esta mañana no la he encontrado, y de aquí una represión y amenazas. He concluido por encontrarla en un bolsillo.

*Noche del jueves al viernes.*

Estas noches sin sueño son horribles. Los días pasan aún á causa de las ocupaciones de mi vida material. Estoy, en efecto, obligado á barrer mi caseta, á cocinarme, á buscar y á cortar leña, á lavarme la ropa.

Pero en cuanto me acuesto, por rendido que esté, me dominan los nervios y el cerebro empieza á trabajar. Pienso en mi mujer, en los sufrimientos que debe soportar; pienso en mis queridos pequeñuelos, en su alegría y despreocupado balbuceo.

*Viernes, 26 abril 1895.*

Hoy tocino salado, que tiro. El comandante de las islas viene al poco rato y me trae tabaco y té. En vez de té hubiese preferido leche condensada

que también he hecho pedir á Cayena, pues los cólicos no me dejan. Me envían á título de préstamo cuatro platos llanos, dos soperos, dos cacerolas, pero nada para meter dentro.

Me remiten asimismo algunas revistas que mi esposa me manda. Pero todavía ninguna carta; es verdaderamente muy inhumano.

Escribo á mi esposa; es uno de mis cortos momentos de calma. La exhorto siempre al valor, á la energía, pues es preciso que nuestro nombre aparezca, á todos sin excepción, lo que siempre ha sido, puro y sin mancha.

El calor, terrible, me roba toda mi fuerza y toda energía física.

*Sábado, 27 abril 1895*

A causa del calor que hace desde las diez de la mañana, he cambiado mi empleo de tiempo. Me levanto al romper el alba (cinco y media) y enciendo fuego para hacer té ó café. Después pongo mis legumbres secas á cocer, hago la cama, arreglo la casa y me lavo y peino.

A las ocho me traen la ración del día. Termino la cocción de las legumbres: los días de carne preparo ésta inmediatamente. Todas estas ocupaciones quedan terminadas hacia las diez, pues por la noche cómo frío lo que me sobra de la primera comida, no teniendo gran gana de pasar tres horas más delante del fuego por la tarde.

A las diez almuerzo. Leo, trabajo, pienso y sufro sobre todo, hasta las tres de la tarde. Entonces hago un tocador muy prolijo. Después, en cuanto el

calor va disminuyendo, es decir, hacia las cinco, voy á cortar la leña, á sacar agua del pozo, á lavar la ropa blanca, etc. A las seis cómo las sobras del almuerzo. Después me encierran. Este es el intervalo más largo. No he podido obtener que se me proporcione luz dentro del calabozo. Verdad es que hay un farol encima de la claraboya, pero su luz es demasiado débil para que pueda trabajar mucho tiempo. Me veo, pues, precisado á meterme en la cama y desde este momento mi cerebro empieza á trabajar, mis pensamientos se vuelven al espantoso drama de que soy la víctima, y todos mis recuerdos van á mi mujer, á mis hijos, á todos los seres que me son queridos. ¡Cuánto sufrirán ellos también!

*Domingo, 28 abril 1895.*

Sopla un viento tempestuoso. Las ráfagas que se suceden lo conmueven todo y producen una sonoridad violenta, un rumor de cosas que entrechocan. ¡Cuán parecida es á veces mi alma en sus violentos arrebatos! Quisiera ser fuerte y poderoso como el viento que sacude los árboles hasta desarraigarlos para barrer todos los obstáculos que obstruyen el camino de la verdad.

Quisiera rugir todos mis sufrimientos, gritar las sublevaciones de mi corazón contra la ignominia que se ha vertido sobre un inocente, sobre todos los suyos. ¡Ah! ¿qué castigo merecerá el que ha cometido ese crimen? Criminal con su país, con un inocente, con una familia sumida en la desesperación y la desgracia... ese hombre no puede formar parte de la naturaleza.

Hoy he aprendido á limpiar los utensilios de cocina. Hasta ahora los limpiaba sencillamente con agua caliente empleando mis pañuelos á guisa de estropajos. A pesar de todos mis esfuerzos quedaban sucios y grasientos. Pensé luego en las cenizas, que contienen una fuerte proporción de potasa. Esto me ha dado admirables resultados... pero ¡en qué estado me han puesto las manos y los pañuelos!

Acaban de comunicarme que mi ropa será, hasta nueva orden, lavada en el hospital. Es una fortuna, pues sudo de tal modo que mi ropa interior está empapada y tiene necesidad de un buen lavado. Esperemos que esa decisión se convierta en definitiva.

*Mismo día, 7 tarde.*

¡He pensado mucho en tí, esposa mía, y en nuestros hijos! El domingo, en efecto, lo pasábamos entero, todos reunidos. Así ha transcurrido el tiempo lentamente, muy lentamente, y mis pensamientos se ennegrecían á medida que adelantaba el día.

*Lunes 29 abril, á las diez mañana.*

Jamás me he cansado tanto como esta mañana, pues he tenido que transportar muchos viajes de leña y agua. Después de esto, al olmuerso que me espera se compone de añejas judías, que han estado al fuego hace cuatro horas y no quieren cocerse, de un poco de adobo y tanta agua como quiera. A pesar de toda mi energía moral las fuerzas me faltarán si este régimen dura mucho tiempo, sobre todo en un clima tan debilitante.

*Mediodía.*

He tratado vanamente de dormir un poco. Estoy muerto de fatiga; pero, en cuanto me acuesto, todas mis tristezas me vienen á la memoria, y toda la amargura de una suerte tan inmerecida me sube del corazón á los labios. Mis nervios están demasiado tirantes para que yo pueda gozar de un sueño reparador.

El tiempo es tempestuoso, cielo cubierto y el calor bochornoso.

Se desearía ver siempre nublados que refrescasen esta atmósfera eternamente caliginosa. El mar es de un verde amarillento, las ondas pesadas y Perezosas, como si se concentrasen para una gran sacudida. ¡Cuán preferible no sería la muerte á esta agonía, á este martirio moral de todos los instantes! Pero no tengo ese derecho; por Lucía, por mis hijos estoy obligado á luchar hasta el límite de mis fuerzas.

*Miércoles, 1.º mayo 1895.*

¡Ah, qué horribles noches! Ayer me he levantado como de costumbre á las cinco y media de la mañana, he trabajado todo el día, no he dormido la siesta, por la tarde he aserrado leña durante una hora, y á pesar de todo no he podido dormirme antes de media noche.

Si al menos pudiera leer ó trabajar durante la velada, pero se me encierra sin luz á las seis ó seis y media; mi cabaña está única é insuficientemente

alumbrada por el fanal del puesto, pero en cambio da demasiada luz cuando me meto en cama.

*Jueves 2 mayo, á las once.*

El correo procedente de Cayena llegó ayer noche. ¿Me traerá por fin mis cartas, noticias de los míos? Una pregunta que me vengo haciendo desde esta mañana. Pero he experimentado tantas decepciones desde hace algunos meses, he oído cosas tan deprimentes para la conciencia humana, que dudo ya de todo y de todos, menos de los míos. Espero, tengo la seguridad de que éstos harán la luz, porque estiman en mucho el sentimiento del honor, y no se darán ni tregua ni reposo hasta conseguir su objeto.

Me pregunto asimismo si llegarán mis cartas á manos de mi mujer. ¡Qué doloroso y horrible martirio para ambos, para todos!

Pero es necesario ser fuerte, es necesario vivir por el honor de mis hijos.

Mi aislamiento es tan profundo que á veces me creo enterrado vivo en una tumba.

*Mismo día, 5 de la tarde.*

La lancha está á la vista, procedente de la isla Real. Mi corazón late hasta romperse. ¿Me traerá por fin las cartas de mi mujer que están en Cayena hace un mes? ¿Leeré por fin sus queridos pensamientos, recibiré el eco de su afición?

He tenido una inmensa alegría al comprobar que por fin había cartas para mí, seguida inmediata-

mente de una decepción cruel, horrible, viendo que eran cartas dirigidas aún á la isla de Re, y anteriores á mi salida de Francia. ¿Se me suprimen, pues, las cartas dirigidas aquí? ¿O quizás las harán volver á Francia para ser leídas allí primeramente? ¿No se podría al menos prevenir á mi familia para que dejase las cartas en el ministerio?

A pesar de todo he sollozado largamente ante esas cartas fechadas hace dos meses y medio. ¿Es posible imaginar un drama semejante? Toda esta noche voy á pensar en Lucía, en mis adorados hijos, para los cuales he de vivir.

Nada de lo que he pedido á Cayena, batería de cocina ó víveres, me ha sido remitido.

*Sábado, 4 mayo 1895.*

¡Qué larguísimos días de soledad, sin noticias de mi familia! A cada momento me pregunto lo que hacen, qué es de ellos, si tienen salud, en qué están de sus indagaciones. La última carta recibida data del 18 de Febrero.

Las mañanas me parecen más cortas; tan ocupado estoy en esta lucha por la vida, desde las cinco y media á las diez de la mañana. Pero el alimento que tomo no basta á sostener mis fuerzas. Hoy, tocino salado: he almorzado guisantes y pan. Menú de la comida: ídem.

Anoto frecuentemente los menús de mis comidas; pero desaparecerán bien pronto ante un cuidado de más importancia: el de mi honor.

Sufro no solamente por mis torturas, sino por las

de Lucía, las de mi familia. ¿Reciben al menos mis cartas? ¿Qué inquietudes abrigarán sobre mi suerte, además de las otras preocupaciones!

*El mismo día por la tarde.*

En el silencio que reina en torno mio, interrumpido únicamente por el rumor de las olas que se estrellan contra las rocas, he recordado las cartas que tengo escritas á Lucía, al principio de mi permanencia aquí, y en las que le descubría todos mis dolores. Y mi pobre esposa debe sufrir bastante en esta espantosa situación, para que no vaya yo también á lacerarle el corazón con mis lamentaciones. Es preciso, pues, que tenga yo fuerza de voluntad, que me sobreponga á mí mismo, es preciso que dé á mi mujer, con el ejemplo, las fuerzas necesarias para el cumplimiento de mi misión.

*Lunes, 6 mayo 1895.*

Siempre frente á mis pensamientos, sin noticias de los míos.

Es necesario que yo viva con todos mis dolores, es necesario que soporte dignamente mi horrible martirio, inspirando valor á mi mujer, á toda mi familia que seguramente sufre tanto como yo. ¡No más debilidades, pues! Acepta tu suerte hasta el día de la luz; necesitas hacerlo por tus hijos.

Me esfuerzo en vano por acallar mis nervios por medio del trabajo físico, pero ni el clima ni mis fuerzas me lo permiten.

*Martes, 7 mayo 1895.*

Desde ayer, lluvias torrenciales. En los intervalos, humedad cálida y pesada.

*Miércoles, 8 mayo 1895.*

Estoy de tal manera enervado hoy por este silencio sepulcral, sin noticias de los míos bien pronto hará tres meses, que he procurado calmar mis nervios aserrando y partiendo leña durante dos horas.

He llegado, á fuerza de voluntad, á trabajar de nuevo en el inglés; estudio dos ó tres horas diarias.

*Jueves, 9 mayo 1895.*

Esta mañana, después de haberme levantado temprano como de costumbre y haberme preparado el café, he sentido un desfallecimiento seguido de abundante sudor. Me he dejado caer en la cama.

Es necesario que luche contra mi cuerpo, es necesario que éste no ceda antes de que mi honor no me sea devuelto. Entonces tan sólo tendré el derecho de sentirme débil.

A pesar de toda mi voluntad, he tenido una violenta crisis de lágrimas pensando en mi mujer, en mis hijos. ¡Ah! es preciso que la luz se haga, que mi honor me sea devuelto. Sin esto preferiría mejor la muerte de mis dos hijos.

Horrible día. Crisis de lágrimas, crisis de ner-

vios, nada ha faltado. Pero es necesario que el alma domine al cuerpo.

*Viernes, 10 mayo 1895.*

Violenta fiebre la noche pasada. El botiquín que me dió mi esposa en la Santé no me ha sido entregado.

*Sábado 12, Domingo 12, lunes 13 mayo.*

Pésimos días. Fiebre, embarazo gástrico, repugnancia á toda comida. ¿Qué pasará en Francia entretanto? ¿En qué punto están las averiguaciones?

Además, un pie inflamado por haber salido un momento descalzo.

*Jueves, 16 mayo 1895.*

Fiebre continua. Acceso más fuerte que el de ayer seguido de congestión cerebral. He solicitado que me envíen el médico, pues no quiero dejarme vencer.

*Viernes 17 mayo 1895.*

El médico vino ayer tarde. Me ha ordenado cuarenta centigramos de quinina cada día y me enviará doce botes de leche condensada como también bicarbonato sódico. Por fin podré someterme á un régimen lácteo y no alimentarme más con esos artículos que me repugnan tanto, que hace cuatro días que no pruebo bocado. Jamás hubiera creído que el cuerpo humano tuviese semejante fuerza de resistencia,

*Sábado, 18 mayo 1895.*

Los botes de leche condensada no son nada frescos. En fin, mejor es esto que nada. Hace unos minutos he tomado 40 centigramos de quinina.

*Domingo, 19 mayo 1895.*

Día lúgubre. Lluvia tropical sin interrupción. La fiebre ha cedido gracias á la quinina.

He colocado sobre mi mesa, para tenerlos siempre delante, los retratos de mi mujer y de mis hijos. Concentraré ahí toda mi energía, toda mi voluntad.

*Lunes, 27 mayo 1895.*

Los días se asemejan, lúgubres y monótonos. Acabo de escribir á mi mujer para decirle que mi energía moral es mayor que nunca.

Es necesario, quiero ver la luz completa, absoluta en este misterioso asunto.

¡Ah, hijos míos! Soy como los animales que permiten que se pase por encima de ellos antes de que toquen á uno de sus pequeños.

*Miércoles, 29 mayo 1895.*

Lluvias continuas; tiempo pesado, sofocante, enervante. ¡Ah, lo que me hacen sufrir mis nervios! ¡Y decir que no puedo gastar mi inmensa energía, mi voluntad, sino en vivir, ó mejor, en vegetar!

¡Pero á cada cual le llegará su hora! El miserable que ha cometido este crimen será desenmascarado. ¡Ah! si yo lo tuviera entre mis manos siquiera cinco minutos, le haría sufrir todas mis torturas y le arrancaría sin piedad el corazón y las entrañas.

*Sábado, 1.º junio 1895.*

El correo procedente de Cayena acaba de pasar por delante de la isla. ¿Tendré por fin noticias recientes de mi mujer, de mis hijos? Desde mi salida de Francia, es decir, desde el 20 de Febrero, nada he sabido de los míos. ¡Ah! ¡Hubiera sabido todos sus sufrimientos, todas sus torturas!

*Domingo, 2 junio 1895.*

Nada. Nada. Ni cartas, ni instrucciones referentes á mí; el silencio de la tumba.

Pero resistiré, fuerte con mi conciencia y mi derecho.

*Lunes, 3 junio 1895.*

Acabo de ver pasar el correo que va á Francia. Mi corazón se ha estremecido y late hasta romperse.

Ese correo va á llevarte mis últimas cartas, amada Lucía, en las que te grito siempre ánimo y ánimo. Es necesario que la Francia entera sepa que soy una víctima y no un culpable.

¡Un traidor! ¡A esta sola palabra mi sangre aflu-

ye al cerebro, todo en mí se estremece de cólera y de indignación, un traidor, el último de los canallas!... ¡Ah!... no, es preciso que yo viva, es preciso que domine mis sufrimientos, para ver el día del triunfo de la inocencia plenamente reconocida.

*Miércoles, 5 junio 1895.*

¡Qué horas más largas! No más papel para escribir, para trabajar, á pesar de mis reiteradas demandas desde hace tres semanas, nada para leer, nada para escapar á mis pensamientos.

Y ninguna noticia de los míos desde hace tres meses y medio.

*Viernes, 7 junio 1895.*

Por fin me traen papel, como también algunas revistas.

Hoy lluvia torrencial.

La cabeza, bajo la tensión del pensamiento, me hace sufrir atrocemente.

*Domingo, 9 junio 1895.*

Todo es para mí punzante, tanto rebosa mi corazón. La muerte sería una liberación, pero no tengo el derecho de pensar en ella.

Todavía sin cartas de los míos.

*Miércoles, 12 junio 1895.*

Por fin he recibido cartas de mi mujer, de mi fa-

milia. Son las que llegaron aquí á fines de marzo, de modo que han sido reexpedidas á Francia. Más de tres meses para llegar á mis manos.

¡Cómo se ve el dolor, la pena espantosa, surgir de cada línea! Aun me censuro más el haber escrito, al principio de mi llegada, aquellas cartas tan afligidas á mi mujer. Debía saber sufrir solo, sin hacer partícipes á los que sufren ya demasiado, de mis torturas.

Después un recelo continuo, inaudito, incomprendible, que lastima aún más mi pobre corazón tan lacerado.

Al entregarme las cartas, el comandante de las islas me dijo:

«Preguntan de París si no tiene V. algún diccionario de palabras convencionales.

—Busque V.,—le dije;—¿qué creen de mí?

—¡Oh!—respondióme.—No parece que estén dispuestos á creer en su inocencia.

—Espero vivir lo bastante para responder á todas las calumnias infames, nacidas en la imaginación de gentes cegadas por la pasión y el odio.»

También nos hace falta á todos la completa luz, deslumbradora, no sólo sobre la condena sino sobre todo cuanto se ha dicho y hecho después de ella.

He recibido mi batería de cocina, y, por primera vez, conservas de Cayena. La vida material me es indiferente, pero así podré sostener mis fuerzas.

Los presidiarios vienen á trabajar estos días. Por este motivo me encierran en mi choza de miedo á que hable con ellos. ¡Oh, miseria humana!

\*  
\*  
\*

Interrumpo aquí mi diario para dar algunos extractos de cartas de mi mujer que recibí el 12 junio. Esas cartas, en efecto, habían llegado á Cayena á fines de marzo, se las envió á Francia para que fuesen leídas en el ministerio de las Colonias y en el ministerio de la Guerra. Más tarde, se advirtió á mi mujer que depositase las cartas en el ministerio de las Colonias, el 25 de cada mes. Le estaba prohibido hablar del *Affaire*, aunque se tratase de acontecimientos públicos y conocidos. Sus cartas eran leídas, estudiadas, pasaban por muchas manos, y con frecuencia las detenían; no podían, por lo tanto, tener ningún carácter de intimidad. En fin, dada la vigilancia de que era objeto, no quería confiar ninguno de los esfuerzos hechos para el esclarecimiento de la verdad, por miedo á que los interesados en nuestra pérdida y en ahogar la verdad no se aprovecharan.

Paris, 23 febrero 1895.

Mi amado Alfredo: Quedé profundamente afectada al saber, en seguida de mi regreso, tu salida de la isla de Re. Estabas muy lejos, verdad es, pero al menos podía verte cada semana, y esas entrevistas eran ardientemente deseadas. Leía en tus ojos los atroces sentimientos, y no pensaba sino en mitigarlos un poco. Ahora sólo tengo una esperanza, un deseo: ir á reunirme contigo, exhortarte á la paciencia y á fuerza de afección y de ternura hacerte esperar con calma la hora de la rehabilitación. ¡Hé aquí la última etapa de tus amarguras; espero que, cuando menos, en el buque, durante esa larga tra-